

## **Nueva Pobreza Urbana Vivienda y Capital Social en Santiago de Chile, 1985-2001**

Manuel Tironi

*Biblioteca Debates y Reflexiones. Serie de Investigación  
Universidad de Chile/Predes/Ril editores  
Santiago de Chile, 2003, 156 páginas.*

El objetivo central de la investigación que da cuenta este libro arranca de la idea sustentada por Jorge Bengoa en un artículo publicado en 1994, respecto a que durante la década pasada surgió en Chile una "pobreza de los modernos", producto precisamente de la modernidad y no de su carencia. Ello implica que en nuestro país coexistiría una pobreza material "tradicional" - expresada en déficits e insatisfacción de necesidades básicas - junto a una nueva derivada de las transformaciones económicas, sociales, culturales y urbanas experimentadas por la sociedad chilena durante el último decenio.

Como una clave para interpretar la nueva pobreza urbana emergente, el autor propone el concepto *New Urban Poverty* originado en Estados Unidos en los ochenta y que surge de "los cambios estructurales en la economía moderna: su paso desde una configuración industrial basada en la manufactura a otra basada en los servicios, la relocalización territorial que esta transformación implicó y la consecuente migración desde la *inner city* hacia las zonas suburbanas, tanto de las clases medias - en busca de una mejor calidad de vida - como de las industrias, dejando a la población pobre existente sin mercado laboral de baja calificación. Estas zonas, impactadas además por la exclusión racial, se convierten en aglomerados homogéneos, densos y pobres, intensificando el problema del desempleo y generando una serie de problemáticas sociales como la delincuencia, la deserción escolar, la desintegración familiar y la apatía". (Pág. 30).

Estas características de la pobreza urbana propias de los países desarrollados estarían presentes en nuestro país. De acuerdo al autor, en el Chile de los 90 se pasó desde una pobreza dramática en que campeaba la subnutrición, la insalubridad, el hacinamiento y el infraconsumo hacia una en que, gracias al incremento del ingreso familiar, la población busca satisfacer necesidades de segundo orden tales como la entretención y la posesión de artículos a los que otrora accedía sólo la población de altos ingresos: refrigerador, televisión por cable, juegos electrónicos, teléfonos celulares, hornos microondas, discos compactos, etc.

Lo anterior no significa que se hayan superado las carencias y los problemas sociales. Entre los pobres subsiste una muy alta desocupación estructural, una importante deserción escolar y un escaso avance en cuanto a logros escolares en general, una concentración, homogeneización y aislamiento residencial, así como un alto nivel de endeudamiento derivado del pago de dividendos de sus viviendas y de compras de bienes de consumo en casas comerciales.

En la dimensión residencial, los segmentos pobres en la capital pasaron "de la población a la villa". Es decir, de habitar predominantemente en un tipo de asentamiento irregular y precario o en situación de allegados, a residir en conjuntos residenciales de viviendas sociales sólidas, dotadas de equipamientos de infraestructura básicos. Para el autor las características habitacionales no serían una traducción espacial y material de las condiciones socioeconómicas, culturales y políticas de la pobreza sino que "la condición de pobreza se genera por factores espaciales". (Pág.. 57). De este modo, la construcción masiva de viviendas sociales ocurrida en los noventa habría provocado que éstas se hayan constituido en una nueva unidad espacial de la pobreza, en "la" forma residencial de los pobres urbanos, cuyas peculiaridades son una mayor concentración, densidad y lejanía de los centros de actividad, segregación, delincuencia y drogadicción que la prevaleciente en los años ochenta.

Pensamos al respecto que la localización cada vez más periférica de los pobres no obedece a la influencia de factores puramente espaciales y que éstos no *originan* la pobreza, como sostiene Tironi, si bien es cierto que el emplazamiento de los conjuntos habitacionales o villas en un determinado territorio urbano - alejado y segregado - revierte negativamente en las condiciones de vida de los pobres en la ciudad.

Otra afirmación arraigada en la literatura que se pretende cuestionar consiste en que las villas han conllevado una pérdida o debilitamiento en el capital social de los pobres, comparativamente al que tenían en las poblaciones y campamentos, debido a un quiebre de los vínculos comunitarios, a la disolución de redes sociales familiares y extrafamiliares de cooperación, y a una falta de participación en organizaciones formales e informales.

En orden a revisar estos planteamientos, se comparan los resultados de dos encuestas realizadas en 1985 en diversas poblaciones de Santiago con otra efectuada también en la capital en el año 2001.

A nuestro juicio, los datos no son concluyentes para sustentar que el capital social ha disminuido, como tradicionalmente se ha postulado, pero tampoco que se ha reforzado significativamente. En efecto, al confrontar el nivel de participación organizativa se observa que ésta ha disminuido de 32% en la población a un 25% en la villa, aún cuando quienes participan ahora lo hacen en más organizaciones que antaño. Además se constata que ha bajado la participación en sindicatos y clubes deportivos, aumentando sin embargo la pertenencia a centros de madres y juntas de vecinos, manteniéndose relativamente constante la participación en organizaciones religiosas.

Si bien los niveles de asociatividad y de densidad asociativa son bajas tanto en las poblaciones como en las villas y las tendencias a un incremento o disminución de los

valores de estas variables no son claras, se observa, por una parte, que en los nuevos conjuntos de vivienda social se ha experimentado un mejoramiento en las relaciones vecinales y, por otra, que la mejor calidad de las interacciones entre los vecinos está asociada significativamente con la participación en organizaciones comunitarias. Estos resultados son auspiciosos en cuanto a la potencialidad de un futuro incremento en la participación en organizaciones voluntarias y del capital social, en cuanto diversos estudios han mostrado que el involucramiento en asociaciones formales se basa en la confianza en las relaciones informales entre vecinos y sugieren que, al menos, las afirmaciones respecto a una pérdida de la sociabilidad en las villas deberían ser re-evaluadas.

Otro aspecto interesante que el libro aborda con el propósito de desmitificar interpretaciones comúnmente aceptadas se refiere a que el contexto comunal en que se han emplazado los conjuntos de vivienda social construidos en los noventa ha experimentado un deterioro en su dinamismo urbano y a desvalorizar los suelos, es decir, que las viviendas pobres han acarreado externalidades negativas para los terrenos de amplios sectores comunales en nuestra capital, tornando más pobres precisamente a las áreas urbanas más pobres.

Según los datos consignados en el libro, trece de las quince comunas con mayor vivienda social son también parte de las quince comunas con mayor variación positiva en su valor del suelo durante 1990 y 2002 y once de las quince comunas con mayor vivienda social aparecen dentro de las veinte comunas con mayor cantidad de metros cuadrados de construcción aprobados en el Gran Santiago entre 1990 y 1998, "de modo que aquellas comunas con mayor incremento positivo en el valor del suelo y de desarrollo constructivo en los últimos diez años son también las comunas que acogen la mayor cantidad de vivienda social durante el período. Es decir, donde habitan los pobres es también donde la ciudad crece y se desarrolla". (Pág. 123).

Pero el autor va más allá en sus análisis, pues sobre la base de los datos referidos al incremento de los valores del suelo y de los permisos de construcción elabora un índice de dinamismo urbano que relaciona con la participación asociativa y la calidad de las relaciones vecinales, concluyendo que ellas están asociadas en términos que en las comunas donde se han construido más villas en el decenio pasado no sólo son las que presentan un más alto valor en el índice de dinamismo urbano sino que también un mejor capital social.

En general los planteamientos del libro son, en parte, tan novedosos como discutibles. Los números agregados que sirven de base a las interpretaciones suelen encubrir fenómenos relevantes que ocurren tanto a una escala macro como micro socioespacial.

En la escala macro urbana, durante los noventa hasta nuestros días el dinamismo experimentado por Santiago ha sido particularmente notable. Todas las comunas centrales y pericentrales han perdido población residencial; las comunas del "barrio alto" han experimentado indicios de deterioro físico y social; los grandes centros comerciales, de cadenas de supermercados, de farmacias, entre otros servicios urbanos ya no se emplazan exclusivamente en dichas áreas; las familias jóvenes de altos ingresos no prefieren localizarse en ellas sino en una nueva periferia rica y, en general, todas las comunas de la

capital se han tornado más heterogéneas, reforzándose en su interior la microestratificación social.

Las áreas residenciales de los pobres no sólo se han distanciado espacialmente de los centros de actividad, con los consiguientes costos económicos y psicológicos que implican a sus habitantes desplazarse diariamente durante horas en locomoción colectiva de pésima calidad desde sus domicilios hacia sus lugares de trabajo, sino que también se ha incrementado la distancia sociocultural entre las condiciones de vida entre ricos y pobres urbanos. Las cifras avalan el hecho de que los nuevos pobres son menos carenciados, pero el esfuerzo por acceder a los bienes y servicios a los que aspiran mediante trabajos cada vez más inestables no parecen ser menores que hace una década.

A escala micro urbana, la gran cantidad de villas construidas desde los noventa ha contribuido a tornar crecientemente variadas las condiciones de vida en los hábitat residenciales de los pobres, de modo que los perfiles demográficos, grados de calidad de los vínculos vecinales, de participación y de capital social de sus habitantes son muy diversos entre una villa y otra. Incluso más, los grandes conjuntos, pese a que tengan la misma denominación, casi siempre se diferencian en sectores, delimitados físicamente por rejas perimetrales y socialmente en comunidades distintas de acuerdo a su historia residencial. Estas y otras diferencias no menores se anulan y no se registran cuando se analizan conjuntamente encuestas realizadas en 25 poblaciones a mediados de los ochenta con resultados de estudios que han aplicado este mismo instrumento en villas de viviendas sociales el año pasado. Desde una perspectiva territorial, a la que el autor incluso atribuye el origen de la condición de pobreza, la realidad de las diferentes unidades espaciales o hábitats no son homologables y, por tanto, no deberían examinarse a nivel de cifras agregadas.

De cualquier manera el libro de Tironi representa una contribución al conocimiento de la realidad de los nuevos pobres de Santiago abriendo otras perspectivas de análisis y, por cierto, cumple con el propósito de la Serie de la publicación pues es capaz de gatillar "debates y reflexiones".

Patricio De La Puente Lafoy